

# Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.  
En el extranjero..... " 1-00 " " "  
Número suelto..... " 0-15 " " "  
Números atrasados. " 0-25 " " "

{ Año I. Núm. 10. }  
San José, 8 de noviembre de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

**Sumario.**—*Reseña.*—*Elena*, por Santiago de la Guardia.—*Sobre la tumba de Elena Aragón*, por F. Mata Valle.—*La ida de un ángel*, por Angel Anselmo Castro.—*A Elena Aragón*, por Justo A. Facio.—*Un recuerdo*, por Ramón Loría Iglesias.—*Un recuerdo á la memoria de la señorita Elena Aragón*, por Emilio Pacheco.—*Reminiscencias*, por Carlos Sáenz.—*A mi querido amigo don Manuel Aragón*, por Juan F. Ferraz.—*Dichosa tú*, por \*—*Sombra*, por J. Marcelino Pacheco.—*A los padres de Elena Aragón*, por F. Ulloa Mata.—*Lágrimas*, por \*—*Ecos de la prensa.*

## HOMENAJE

A LA MEMORIA

—PF—

ELENA ARAGON.

## RESEÑA.

*Explicación.—La niña.—Primeros síntomas.—Gravedad, muerte.—En el ataúd.—En el cementerio.*

Nunca más interesante nuestra hoja que hoy.—Modesto conductor de los trabajos literarios de este país, bastantes veces sus columnas se han visto engalanadas con producciones, alegres unas como la sonrisa de un niño, lánguidas otras como el esperezo de una mujer oriental, no pocas condensando en sonoros versos la esperanza de color de oro, el ensueño de luminosa perspectiva, la ilusión vaga, indecisa, frágil como la cresta de espuma que brota de la agitada ola.—Hoy convertida en humilde corona fúnebre, é intérprete del sentimiento unánime de esta sociedad, vamos á colocarla con todo respeto sobre la tumba de ELENA ARAGÓN.—Creemos que el público verá con sumo gusto esta muestra de afecto dada á quien bien se la merece.

\* \* \*

La graciosa niña tenía quince años.—Desde muy pequeña había estado en los Colegios donde al par que se desarrollaba físicamente, adquiría su inteligencia el cultivo que hace de la mujer el eterno y adorable tirano, aun después que se ha extinguido el fugaz encanto de la belleza y sólo sobrevive la parte moral é intelectual.—Adquirida una educación bastante sólida y más extensa de la que generalmente posee nuestro descuidado bello sexo, Elena en el presente año dejaba ya los estudios y, arrojando la crisálida de la niñez, surgía cual mariposa llena de bello color y de perfume. Estaba en la penumbra que antecede á la claridad de la juventud; ha sido detenida en su crepúsculo matutino y la estrella que prometía plácido y abundante brillo perdió para siempre su luz.

\* \* \*

Algunos días antes de que la enfermedad se presentara en toda su gravedad, Elena empezaba á palidecer.—El sonrosado color de los quince años se iba, dejando una blancura triste parecida á la de esas flores que arrancadas de su nativo suelo languidecen en el invernadero. Aquella palidez que en el primer momento parecía el fugaz desmayo precursor de nueva hermosura, vino á ser el perenne tinte de sus suaves facciones. Una enfermedad cruel y necesariamente mortal se había apoderado de la niña. El talento, la práctica y sobre todo el casi paternal cariño que el sabio Doctor Durán profesaba á Elena, se estrellaron contra la potencia del mal: la *meningitis* hizo presa en el delicado cerebro de la niña y con acerado diente mordió precisamente en el germen de la vida.

\* \* \*

El 15 de octubre último Elena estaba ya postrada, presa del delirio y luchando.—Lenta fué su agonía; llena de intermitencias y peripecias la gestación del mal. Períodos hubo en que á los ojos profanos pareció que la enfermedad cedía, y casi no nos explicábamos la pertinaz insistencia con que el distinguido médico destruía la esperanza apenas retoñaba. Después de algún tiempo de delirio la enferma recobró el conocimiento. Habló con su padre, tuvo una caricia para su madre, recordó los médicos que la habían asistido. Ese día fué engañoso: padres, deudos, amigos, todos sentimos que la mano del dolor nos oprimía con menos rudeza; sólo la pálida figura del Doctor, luchando y luchando con desesperación, pero sin mostrar la más leve esperanza.

Bien pronto la poca fe del ilustre médico quedó justificada. Elena recayó ya para no volver á reanimarse. Su descenso hacia la tumba fué lento.—La muerte, con bárbara crueldad, arrancaba uno á uno los rayos de la estrella; pétalo por pétalo iban cayendo los que formaban la flor. El martes 25, á las once y media de la noche la simpática niña lanzaba su postrimera palpitación, el soplo último que se lleva la vida. La desconsolada madre oprimía contra su seno un pedazo de tierra helada.—Todo había concluido.

\* \* \*

El día siguiente, desde muy temprano, la casa estaba llena de gente. En la sala, sobre una mesa cubierta de blanco raso y bajo un toldo de linón que cual una nube la envolvía, Elenita estaba en su lecho funeral, cubierto de azahares y de gasas.

En la ventana que da á la calle ví un cuadro que me llenó de dolor.—Unos cuantos niños llenos de vida, bellos, sonrosados, se estrujaban, se empinaban en la punta de los pies y con inusitado silencio, los más grandes con los ojos llenos

de lágrimas, los pequeñitos con el dedo sobre el labio, todos con curiosa mirada, contemplaban á la niña vestida de blanco, la misma que otras veces vieran llena de vida, allí quieta é indiferente, sin una caricia para ellos.—Eran ángeles vivos mirando el ángel muerto.

A las once de la mañana, en medio de numerosísimo acompañamiento de señoras y caballeros, Elena era llevada en hombros. Todo lo mejor de esta sociedad se hallaba en la fúnebre procesión. Todos queríamos, como un último tributo de cariño, acompañar los despojos hasta la última morada.

Inútil es decir que el señor Aragón, persona altamente estimada de todos los círculos sociales y que ha figurado en la política en primera línea, posee innúmeros amigos.—Elena iba rodeada de ellos; ni uno solo de los que Aragón ha atado con el suave lazo del afecto dejó de estar en el fúnebre cortejo.

De señoritas el número era excesivo.—Todas llevando en su vestido la misma uniformidad que el dolor imprimía en su corazón caminaban entregadas á pensamientos tristes; todas iban con la frente pálida y la pupila húmeda.

En aquel numeroso grupo de personas vestidas de negro formaba un extraño contraste el albino ataúd que iba en el centro. Parecía una blanca palomita caída sobre un mar de negras olas; parecía en medio de la noche, cuando el cielo está cubierto de tupidas sombras, una nítida estrella.

Ya á la orilla del hueco que mostraba impasible su temida boca, pronta á tragar tanta blancura, tanta inocencia, tanta esperanza tronchada, los amigos más íntimos recogieron las coronas que adornaban el ataúd para llevarlas á la dolorida familia.—¡Triste presente! Era el último que la encantadora Elena enviaba á sus padres: una blanca corona de azahares que se escapa de quedar cubierta bajo la helada plancha que ya empieza á caer sobre el ataúd.

Momentos después el sepulturero aplanaba con los pies la removida arena. El suelo se emparejaba; el hueco había cerrado la boca, todo había terminado.

EL REDACTOR.

## ELENA.

**Y**O la ví de cerca tantas veces! Medio mujer y medio niña; en esa frontera que separa la infancia de la juventud; en que toda mujer es bella, porque tiene á lo menos el fresco matiz de los quince años.

La veía con esa admiración, con el cuidado con que miramos las cosas muy blancas, muy tiernas y muy puras, que tememos manchar con nuestro aliento ó nuestras manos.

Cuántas veces al través de las cortinas transparentes de su ventana, la ví al pasar, sentada al piano, solazando á su padre que rendido por la diurna tarea, rodeado de su esposa y de sus otros hijos, la escuchaba con orgullo derramar armonías.

Un día, que como de ordinario, pasé por su casa, ví en la puerta mucha gente que entraba y que salía.

Supe que un mal agudo la aquejaba, pero no me imaginé que pudiera morir, porque nunca me figuró que mueren los que quiero.

Ya otra vez la había salvado, en edad más temprana, el insigne lidiador que tántas veces ha vencido á la muerte; pero en esta ocasión él mismo desconfía, porque aquella le invadió el campo traidoramente, y "quien no espera vencer ya está vencido".

Entre la duda y el temor se mece sin embargo la esperanza. Mas el combate es á muerte y la muerte al fin se apodera de su presa.

Vedla, satánica carcajada parece despedir su repugnante calavera. El ave tímida cae á sus pies; pero un instante sólo, porque un ángel se encargó de subirla.

Los que han visto en los campos de batalla sus propios miembros dispersos por el suelo, no han sufrido nada comparable al dolor de ver uno su propio corazón hecho pedazos por el cruento dolor de los dolores.

\* \* \*

En el centro de la misma sala, donde estaba el piano, hay una mesa vestida de níveo raso y guarnecida de cándidos encajes. Sobre ella el ataúd, blanco también. Dentro la niña pálida y fría, ornada la frente de azahares, pero tan bella que parece que duerme. Silencio! No hagáis ruido..... Encima unas guirnaldas de blancas flores que penden del techo, le sirven como de palio.

Y la pobre madre? y el padre y los hermanitos de la niña en donde están?

El estupor los tiene anonadados.

Mas aquella situación no puede continuar, su fin se acerca; algo anuncia el temido momento de la partida. Un martillo golpea sobre aquella blanca mesa que parece altar y ese ruido llega derecho al corazón de la madre.

Enferma ella misma se olvida de sus males; saca fuerzas de su pena y en un trasporte de arrebató, que semeja mente insana, vuela al lado de su hija idolatrada. Nadie la detenga: es el torrente que salta por encima de la presa que su marcha un instante ha detenido. Ya está al lado de su hija; levanta el velo que cubre su faz descolorida y la llena de besos, que son fuego; su esposo está á su lado, es la estatua del dolor; sus chiquitines gimen en coro; la interroga luego con tiernas frases, con amantes quejas.

Es loca esa mujer? No es loca: es madre.

SANTIAGO DE LA GUARDIA.

2 de noviembre de 1887.

## *Sobre la tumba de la niña* **Glena Aragon.**

Aun abrigaba en cariñoso nido  
Sus amores de niña dentro el pecho,  
Y guardaban los ángeles su lecho,  
Como sus sueños, de candor vestido.

Pero asomó á sus ojos no dormido  
Su espíritu: un guardián viólo, en asecho,  
Lo arrebató, y en el sidéreo techo  
Un astro nuevo apareció encendido.

Está de entonces el hogar de duelo;  
Pero en las noches un lucero brilla  
Sobre el hogar desde el tranquilo cielo:

Recuerdo de la niña sin manecilla  
Que al trocar por la de ángel su existencia,  
Cedió la forma—conservó la esencia!

Cartago, octubre 30 de 1887.

F. MATA VALLE.

## La ida de un Angel.

( A LA MEMORIA DE ELENITA ARAGON ).

**E**NVIADA de lo Alto para bendecir un hogar en que la virtud y el amor santifican el abrazo de dos almas sin mancilla, fuiste Elena, su regocijo, su máspreciado bien, objeto de sus castas ilusiones, ara divina en que inmolaban su existencia por tu dicha.

La dulce armonía de aquellos seres, en éxtasis sublime, te llamó á la vida, y tu presencia hizo latir más fuertemente sus corazones, y tu sonrisa y tu candor prolongaron la aurora de su felicidad y su celeste arrobamiento.

Tú que hiciste un Eden del sitio en que se meció tu cuna y en que te prodigó sus desvelos una madre cariñosa y buena entre las buenas; tú que embelleciste con la grata primavera de tu faz y con la ternura de tus sentimientos aun las contrariedades y pesadumbres que intentaron turbar la paz en la santa morada de tus padres; y tú que dejaste en tu eternal ausencia convertido aquel paraíso en campo de inextinguible dolor,—fuiste durante tus juveniles años mensajera y símbolo de las delicias sin término que, en su anhelo, vislumbra la fantasía al través de la azulada esfera, de esa región serena, indescriptible, en que el audaz pensamiento, alzándose sobre los espacios á impulsos del deseo, ve cómo te deslizas presurosa y riente, envuelta en las albinas gasas de la pureza, por entre los perfumados jardines, los lagos de luz, los celajes de púrpura y las colinas de esmeralda que sobre un pavimento de estrellas y bajo un cielo matizado de los brillantes colores del iris y poblado de ángeles cual tú bellos y cándidos, circundan el trono refulgente de Aquel en quien Fé y Esperanza ven al autor y ordenador de las leyes y del equilibrio de los mundos.

Lágrimas de placer humedecieron tu rostro de querubín al besarte por la vez primera la luz del día; lágrimas también, pero de acerbo quebranto, bañaron tu cuerpo frío al crujir y romperse el hilo que unió tu espíritu castísimo á la frágil materia; que es, Elena, el corazón humano cuando le agita el amor, tan cobarde y tan débil, que así gime cuando rie como cuando le hiera la inclemencia.

Corto fué tu paso sobre esta apartada región en donde desfallecen los espíritus sin energía y se retiemplan con el sufrimiento los que son dignos de venturanza. Tu misión fué brevísima. Sentiste nostalgia del Eden y te has ido.

Los abrojos de la existencia terrenal no ensangrentaron tu planta ni laceraron tu pecho; y fuiste ¡oh Elena! tan feliz que al desplegar tus alas de armiño para volver al Olimpo, ni el polvo sutil de la malicia que enturbia aun las conciencias más levantadas, manchó tu blanca vestidura, pues quiso el destino darte por santuario un hogar purísimo y confiar el tesoro de tu corazón á aquellos que llamándote “hija”, más que te amaron á tí, aman la virtud y el cumplimiento del deber.

\* \* \*

Hoy es día de finados.

Vestíme de negro como lo está mi corazón y marché pensativo y lentamente, preocupado con mil ideas sombrías, á la mansión del silencio en donde duermen tus venerandos despojos.

Reflexionaba que este día más que de visita á los sepulcros de los que fueron, debiera ser de consuelo á los que sufren, y de súbito cambié mi derrotero por el que conduce á la triste morada en que tus amantísimos padres lloran sin resignación la desventura de haberte perdido en esta vida.

¡Qué cuadro, Elena!

Al recordarlo la sangre se enfría en mis venas y los nervios me sacuden con violencia.

Describirlo me es imposible. Sólo sé que la emoción que sentí al penetrar en aquella luctuosa y gemidora mansión turbó mis sentidos de tal manera é hirió tan rudamente las fibras de mi corazón, que mi pensamiento, lleno de pavor y cobarde ante aquel pesar sin nombre, estuvo á punto de proferir una blasfemia contra el Destino; pero anudados en mi garganta todos los nervios y agolpada en el cerebro toda mi sangre, enmudecí.

Si de mis hermanos en lucha desesperada hubiera contemplado de improviso el campo de batalla cubierto de cadáveres, desgarrados sus miembros y vestiduras, humeantes aún su preciosa sangre y las armas homicidas; si de la tierra en que nació y aprendí á amar hubiera visto la devastación y convertidas en escombros sus alegres poblaciones y pintorescas aldeas, la impresión no hubiera sido más profunda.

Allá, de hinojos ante el lecho en que exhalaste el último aliento de vida, desgreñado el cabello, la frente hundida en la blanda almohada en que descansó tu cabeza por la vez postrera, suspirando y gimiendo de un modo desgarrador, tu madre tan angelical como desgraciada. De otro lado, formando un grupo conmovedor, fijos los cándidos y húmedos ojos en aquella desventurada, los labios entreabiertos y en ademán suplicante, los preciosos niños en quienes encendió tu espíritu el fuego del fraterno amor. En la estancia inmediata los ayes de deudos y amigos cariñosos. Y próximo á tu casto lecho, sentado sobre un modesto sofá, los codos sobre sus rodillas y apoyada en las manos su cabeza febril—¡ semejante era la intensidad de su quebranto!—tu padre incomparable, presa de la mayor angustia.

¡ Oh, cuanto me habrás agradecido bella niña, que renunciara á tu visita por estrechar contra mi pecho el pecho dolorido de tu padre amantísimo y unir á su desdicha y á la de su dulce compañera los gemidos de la pena mía.

¡ Oh tú, espíritu adorable que te has ido! La modestia y el candor que eran tu gala, no hubieran adivinado jamás cuántas lágrimas se han derramado á tu partida. Recógelas en tu blanco sudario y envíalas al hogar paterno en el beso misterioso con que da consuelo á los que sufren el ángel bendecido de la resignación!

ANGEL ANSELMO CASTRO.

San José, 2 de noviembre de 1887.

## RIMAS.

### A ELENA ARAGÓN.

Ay! por qué cuando apenas en el tallo  
se yergue placentera  
dobla su frente con mortal desmayo  
la flor de primavera?

Por qué al relente de la noche fría  
se abate y se consume,  
si no ha dado á las auras todavía  
su célico perfume?

Yo no lo sé..... Arcano es de la vida  
que á la razón asombra!  
¡ A veces luz para radiar nacida  
sumérgese en la sombra!

No tiene por ventura su destino  
lo mismo el pensamiento  
que el oscuro y cansado peregrino,  
que la luz y que el viento?

Ella tampoco al aura despedía  
la esencia de su broche,  
cuando ya mustia y pálida caía  
al soplo de la noche.

Mas no penséis que de sus tintas rojas  
renacerá el encanto,  
al empapar sus macilentas hojas  
con vuestro acerbo llanto.

Marchitos tiene sus estambres de oro  
esa flor de inocencia,  
y fué Dios, codicioso del tesoro,  
quien aspiró su esencia.

San José, 1º de noviembre de 1887.

JUSTO A. FACIO.

## *Un recuerdo sobre la tumba de Elena Aragón.*

**L**A muerte acaba de herirnos en lo más vivo: ha arrebatado una de las flores más preciadas del jardín josefino, una halagadora esperanza para la familia y para la sociedad.—Se ha hundido en el ocaso un sol cuyos primeros fulgores apuntaban apenas en un horizonte puro y sin nubes.—El frío cierzo hirió el tierno arbusto y desprendióse de su tallo el fragante botón, con todo su perfume, sin tener tiempo de esparcir ni un solo átomo de su rica esencia.

ELENA ARAGÓN ha muerto cuando apenas ostentaba sobre su frente las flores de quince primaveras. — Vanos fueron los auxilios de la ciencia, insuficiente el calor de los besos maternos para conservar existencia tan preciosa para sus amantes padres; que son rudos y fatales los golpes de la parca, diosa ciega y funesta que acaso deja al mísero anciano tiritar de frío y de vejez y se goza arrebatando existencias brillantes de juventud y lozanía.

Se ha abierto una tumba en la tierra para recibir los fríos despojos de un ángel; otra también se ha abierto en el corazón de sus amantes padres para recibir las hojas ya mustias de sus alegrías y de sus más caras esperanzas.

Es triste, á la verdad, y hondamente conmovedor el espectáculo de la muerte.—Siéntese en su presencia un dolor profundo y silencioso, como el que se experimenta por la pérdida de una ilusión querida; como el que se siente al ver que el invierno mata las flores y las hojas, que el sol quema el aromoso pétalo de la azucena y agosta la tímida violeta, oculta en oscuro rincón de la floresta.

Ayer no más presentaba la casa que hoy viste de luto, el cuadro de la más poética felicidad doméstica.—Una fortuna, si modesta, adquirida de la manera más honrosa y digna: por medio del trabajo y de la actividad bien dirigida.—Si nubes como en todos los horizontes, ligeras y tenues como las que en verano deshace el más leve soplo de la brisa, en cambio brillantes celajes en el cielo del porvenir, olas tranquilas en la existencia que en lontananza se vislumbrara: felicidad la mayor que en el mundo pudiera razonablemente desearse.

Hoy hay lágrimas, allí donde antes sólo se dibujaba la sonrisa de la dicha: el hogar siente el hielo punzante de la ausencia del ser acaso más querido; y el afán cariñoso de los amantes padres, tal vez cree escuchar el gemido triste de la hija agonizante; ver la última mirada que les dirigiera antes de emprender el vuelo hacia el empujeo.....

.....  
Pero ya todo ha concluido.—Tan sólo queda para el corazón el perfume de los recuerdos, el rocío de las lágrimas, que el bálsamo de la resignación hará

cada día menos amargas.—Dejemos que ahora rueda de la mejilla el llanto del dolor; pronto ha de lucir en medio de estas tinieblas, un rayo de esperanza, un consuelo de esos que á menudo ofrece la reflexión y que el tiempo procura poco á poco.—Si es esa ley ineludible, acatémosla.—No nos revelemos contra los decretos del destino.

Derramemos una lágrima sobre esa tumba querida.—Cubrámosla con las rosas fragantes de los recuerdos y aguardemos en tanto el día en que podamos descifrar el horrible misterio, y ver como á las tinieblas de la duda que nos martiriza, sucede la intensa luz de la verdad que nos consuela.

RAMÓN LORÍA IGLESIAS.

Noviembre de 1887.

*Un recuerdo á la memoria de la señorita*  
**Elena Aragón R.**

I.

Brilló tan sólo un día  
que al empezar la vida, sin aliento  
cayó pálida y mustia,  
cual las tempranas flores  
que arrastra sin piedad el rauda viento.

II.

¡Oh ensueños de la loca fantasía,  
oh mágicas quimeras! . . . .  
¡Cuántas veces dichosa  
la ví pasar, radiante de poesía  
entre la alegre turba deliciosa  
de sus bellas y amantes compañeras,  
mostrando ufana en su apacible frente  
la luz esplendorosa  
de quince juveniles primaveras!

III.

Después también la ví, más ay! la escena  
que entonces á mis ojos se ofrecía  
no quisiera contarla  
que aun el recuerdo sólo  
el corazón me oprime y envenena.  
En la edad juvenil de los amores,

aquella joven de inocencia llena—  
de su amoroso hogar dulce consuelo—  
ya inmóvil en un túmulo yacía,  
coronada la sien de níveas flores  
y el rostro de azucena  
entrecubierto con un blanco velo.  
¡oh amarga realidad, oh triste suerte!  
al entrar á la vida, celebraba  
las bodas misteriosas de la muerte.

IV.

Pasó esa noche de dolor y llanto  
hinchida de sollozos y misterio;  
después ¡oh desventura!  
opreso el corazón de honda amargura,  
por único consuelo, en nuestros hombros,  
á enterrar la llevamos  
al santo cementerio.

Allí de pie, en presencia  
de la inclemente fosa  
que presta á devorarla ya se abría,  
de nuevo comprendí, no sin despecho,  
la triste realidad de la existencia,  
en tanto que á pedazos ¡ay! sentía  
el corazón saltárseme del pecho.

EMILIO PACHECO.

San José, 2 de noviembre de 1887.

**Reminiscencia.**

**C**UANDO la madre cariñosa, con amantísimo anhelo recoge en sus brazos al hijo que acaba de nacer, qué de risueñas esperanzas se forja su corazón lleno de ternura al estrechar blandamente contra su pecho á ese pedazo de su alma. Para ella, en ese momento, la vida es su hijo; su ilusión más codiciada, ese tesoro



que ella custodia como una arca santa; su afán, todo su afán, un porvenir apacible para él; y le quiere tanto, que no se cansa de decirle al oído, con palabras entrecortadas por los sollosos: "hijo mío, sé para siempre feliz!"

La madre ve crecer al hijo lleno de robustez, y con sus primeras balbucientes palabras, nuevos é íntimos goees la inundan de felicidad. En el hogar se sucedan entonces escenas indescriptibles de inefable dicha: el esposo, condescendiente y solícito, acompaña á su idolatrada esposa, y todo es arrobamiento en derredor.

Pero fatalidad humana! El paraíso tiene sus puertas, y la parca inexorable quiere ya cerrarlas: llega, pues, la hora fatal, y es preciso salir y caminar por el largo y escabroso sendero en donde sólo crecen espinas y abrojos. Las dichas horas pasadas, ya no volverán; el corazón late sin concierto, y la mente ofuscada, ve por do quiera el dardo punzador.....

Don Manuel Aragón y doña Juana Ramírez de Aragón son esposos modelos: en su hogar jamás se han conocido rencillas ni desacuerdos. Rodeados de numerosa familia, casi toda en la primera edad, eran felices, sí, muy felices. Las tempranas horas de la noche las pasaban en amena conversación, en particular con su hija mayor, Elena, apenas de quince años, quien, por su claro talento y por su cultura y finísimos sentimientos, se hacía merecedora de especial predilección. Cuántas veces ella sola, sostenía animada conversación con su pobre padre, con el fin de distraerlo un poco de sus múltiples ocupaciones; y cuántas veces ella también, sentada al piano, lo deleitaba ejecutando con habilidad trozos escogidos de música!... Pero el ángel tutelar que velaba sobre aquel bendito hogar, tendió las alas y huyó en silencio. No había ya composición; la muerte con su descarnada faz, buscaba una víctima, y se cebó impía en Elena, la hija buena y virtuosa, querida con idolatría. Nosotros la vimos en el ataúd: dormía tranquilamente, porque los ángeles, cuando suben al cielo, cierran los ojos para no ver nuestra desesperación y nuestra miseria.

Acompañamos á los afligidos padres en su justo dolor, y les deseamos con toda el alma la mayor resignación.

San José, 31 de octubre de 1887.

CARLOS SÁENZ.

*A mi querido amigo Manuel Aragón,*  
**por la muerte de su hija**  
**ELENITA.**

La madre estaba allí desesperada,  
 el corazón de angustia palpitante,  
 mirando aquella tétrica mirada,  
 glacial, indefinible, penetrante,  
 que infundía pavor.

Tú, mi amigo, su padre, conteniendo  
 del agudo dolor el grito horrible  
 que te hubiera ahogado á no estar viendo  
 aquella vista fija, indescriptible  
 imagen del terror.

En el cerebro de la pobre niña  
la garra de la muerte haciendo presa; . . . .  
¡entre el sér y el no-sér tremenda riña! . . . .  
Sopló la parca, y convirtió en pavesa  
de la vida la luz. . . .

Y así ella fué. . . cual suele en el espacio  
un instante brillar preciosa estrella,  
como gota de fúlgido topacio,  
que se evapora y váse; así fué ella,  
de tu pena en el lóbrego capuz! . . .

.....  
Quince veces había abril cubierto  
de rosas el pensil;  
de par en par á la ilusión abierto  
su corazón estaba en este abril.

Oh! cuál sintió su pecho el dulce halago  
del bien y del placer:  
el cielo sonreía; manso lago  
de brillantes formado al parecer,

meciéndose en sus plácidas orillas,  
con rítmico compás,  
guirnaldas de orientales florecillas,  
que no se habían de agostar jamás,

y alfombra de esmeralda la pradera,  
donde extendía el sol  
cada día su rubia cabellera  
luciendo entre el aljófár su arrebol.

Así su juventud; fantaseando  
maravillas sin fin,  
por el mundo pasó huellas dejando  
de aromas y de luz el querubín.

Mas ¡ay! que el ala de plumaje de oro  
de la vida el zarzal  
tocó á su paso, y raudo meteoro,  
huyó del mundo, al foco celestial.

Voló allá, donde son realidades  
del pecho juvenil  
los sueños é ilusión, las vaguedades  
del corazón en el florido abril.

.....  
Amor, dicha, esperanzas, ilusiones,  
óptica misteriosa de la vida:  
Penélope tenaz entretenida  
sin cesar en tejer y destejer

siempre la misma tela. De emociones  
es fuente inagotable la existencia:  
¡cómo consueta al triste la creencia!  
¡qué horrible en la desdicha, es no creer!

Deja, sí, que del fondo de mi pecho  
arranque tu dolor esté quejido:  
tú lo entiendes: tú sabes que es sentido:  
¡oh! bendita, bendita la ilusión!

En vano en llanto mísero deshecho  
el infeliz mortal su mal deplora;  
pero feliz mil veces el que llora,  
que llorando se alivia el corazón!

-----

*Juan F. Ferráz.*

Cartago, 30 de octubre de 1887.

## Dichosa tú!

Te fuiste ¿no es verdad, oh dulce niña,  
en tu primer mañana?  
Todos temprano ó tarde llegaremos  
al fin de la jornada!

Qué inútilmente en el vivir ponemos  
con tanto afán el alma,  
cuando tan luego sin piedad ¡Dios mío!  
este terrón nos traga.

Te disponías al hermoso estreno  
de tus fúlgidas alas,  
de tus primeras plumas relucientes  
como la nieve blanca.

Pues dichosa mil veces que te fuiste  
sin llevar una mancha,  
volando con el vuelo reposado  
de las serenas garzas.

Cuando mi frente hiera el filo oculto,  
¡pobre de mí! gastadas  
mis plumas han de estar, y á fuertes golpes  
me empujarán las parcas.

Ya sé que padeciste; tu materia  
sufrió terribles ansias:  
¡pobre niña gentil... y tan sin culpa,  
tan sencilla y tan casta!

Pero en tu pecho el tigre formidable  
no hincó su fuerte garra,  
ni el ave negra te cerró los ojos  
á fuerza de picadas.

Y durmiendo y soñando parecía  
que en el féretro estabas:  
no pierde su belleza la paloma  
que atravesó la bala.

Pero yo, cuando muera..... por qué pienso  
en hora tan aciaga?  
tendré sobre mi-rostro el gesto horrible  
de la conciencia amarga!

\*  
\* \*

## Sombra.

**L**A niña de pupilas brillantes y de sonrisa serena y plácida ha ido á habitar la ciudad de los muertos.

Abandonó el ruido y los placeres del mundo por las armonías de lo infinito; redimida del cautiverio de la carne, el alma pura salvó el horizonte terrestre; el espíritu de Elena, antes de ser presa de los tumultuosos buitres de la realidad, ha ido á buscar la serenidad absoluta que es el complemento de las existencias inocentes.

Es el drama que todos los días se repite y que siempre nos parece nuevo. Es la cinta de espumas que se asoma sobre la onda y se quiebra en torbellinos de cascadas argentinas; es el juego de la sombra con la luz; es la catarata que rueda en el abismo; es la ola que se estremece, infla su seno y pretende besar al astro de la noche, y luego desesperada cae sin fuerzas y se oculta; es el combate de dos gigantes—la vida y la muerte—que se retan en campo abierto y luchan con la pujanza de los héroes antiguos.

Elena atravesaba esa edad feliz en que la mujer recita el poema de sus gracias. Pisaba apenas los umbrales de la vida, radiante la faz, con esa felicidad desconocida que no tiene otro origen que la edad misma, que todo lo colora de nácar y zafiro. El ejemplo santo de una madre virtuosa, los nobles esfuerzos de un padre honrado, la cultura exquisita de una familia honorable, todos esos mil tesoros de ternura, que se ocultan en el hogar doméstico como el oro en la mina ignorada, daban formas luminosas al cuadro de su vida; y su mente, pródiga en colores brillantes como la selva tropical, lanzaba al cielo y á la tierra miradas de curiosidad.

En esa edad, la fantasía, hecha mórbidamente activa por la juventud, sugiere un anhelo, una ansia salvaje, una ardiente vehemencia de deseo por la vida; y en el corazón se siente, con la turbulenta violencia de un torrente, la sangre que circula con fuerza, que va á derramar los colores de la vida con extraordinaria energía sobre el semblante.

Y cuando la llama de la existencia arrojaba sus más ricos resplandores, cuando la niña de ojos negros y de hermosos cabellos se disponía á libar la miel de los ensueños, penetra una forma extraña que se arrastra, que se retuerce como si estuviera dotada de la vitalidad de una serpiente, y que clava el diente agudo en la dulce niña que en actitud de éxtasis contemplaba el bellissimo panorama, rebozante de vida juvenil, que á sus ojos se ofrecía.

El dolor desvaneció en aquel rostro infantil los colores de la aurora; las sombras poblaron aquella vívida fantasía, se estrecharon y condensaron en su torno é hicieron tenebroso el camino que debía recorrer.

Muchas veces se pensó que el *ave negra* había clavado ya su corvo pico en aquella faz marchita; luego un leve, tenue y apenas visible tinte de color se derramaba sobre las mejillas y á lo largo de las hundidas venitas de los párpados, anunciando así que el espíritu aun no había abandonado la tierra. Después el color desaparecía, dejando una palidez más grande que la del mármol, los labios se torcían y apretaban con la siniestra expresión de la muerte, y la frialdad se derramaba sobre la superficie de aquel cuerpo; y otra vez el calor penetraba en él, y volvía á sentirse el latir del corazón, y la dulce esperanza reanimaba los semblantes, y parecía que aquellas manos modeladas en líneas curvas, blandas y suaves, habían despedazado en realidad las cadenas de la muerte.

Pero de un momento á otro se apagaron todas las luces de la esperanza. El espíritu de Elena se había perdido en los profundos murmurios de lo desconocido!

\*\*\*

Murió la niña inocente antes de mirar el mundo como el gran teatro de la comedia humana. Feliz mil veces ella!

Pero ¡cuán punzante la pena de los desventurados padres al contemplar su bien fundada esperanza echar alas y volar y perderse para siempre!

Al ser conducido el cadáver de Elena á su última morada, no hemos visto colgaduras enlutadas, ni túmulos medrosos, ni lúgubres blandones; ni hemos escuchado las pavorosas notas del tremendo *Dies ire*. Ella no había despertado aun del encanto de los sueños infantiles; cruzó el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas. Lo que sí vimos fué fisonomías ajadas por el dolor, ojos enrojecidos por el llanto.

Y quien, delante del féretro que nos ocultaba para siempre una imagen querida, no hubiera sentido ese desabrimiento que produce el desencanto, no hubiera palpado la oscuridad de la desesperanza! Pensar en los seres que amamos entrañablemente y recordar que esas existencias pueden de un día para otro ser apagadas por el soplo de la muerte, es dar cabida á un pensamiento que desgarrar y envejece.

Numerosa y distinguida concurrencia asistió al último viaje de Elena. Llegados al cementerio, ninguno de los circunstantes se atrevía á levantar sus ojos del féretro, como si se hiciera desesperada interrogación al destino; ninguno se atrevía á mirar frente á frente á su concepción de la Divinidad, delante de tan dolorosa injusticia!

¿Y los infortunados padres?... Sin Elena no son mas que unos niños tanteando en la oscuridad: les falta el radiante esplendor de sus ojos. Para los que midieron la resistencia con que aquel espíritu tierno luchaba con la sombra, consuelo y razón fuera la mayor de las locuras. Respetemos la majestad del sufrimiento.

3 de noviembre de 1887.

J. M. PACHECO.

### A los afligidos padres de Elena Aragón.

Tocan á muerto: el bronce plañidero  
De saetas cubre el pecho dolorido:  
¡Desgraciado del que ha sobrevivido  
Si en él no late un corazón de acero!

Aquel dolor punzante, agudo, fiero,  
Cavando va la fosa ensordecido:  
A cada golpe arráncale un gemido,  
Hasta sacarle, exánime, el postrero.

¡Oh destino voraz, monstruo maldito,  
Que te deleitas en matar el alma!  
Psicófago infernal, déjanos calma

Y no conviertas el placer en mito,  
Devorando la dicha del proscrito  
Como el sinoun la altiva, enhiesta palma.

Cartago, 5 de noviembre de 1887.

FRANCISCO JULLOA M.

### Lágrimas.

Me cuentan que tus padres lloran mucho:  
¡aun yo te he dado lágrimas!  
Estéril es el llanto, pero somos  
de condición tan rara.

Qué valen los gemidos? qué las quejas,  
cuando la muerte falla?  
Dura experiencia nos ha dicho siempre  
que nada, nada, nada!

Inútil es llorar. ¿Por qué, Dios mío,  
con tal rigor nos tratas?  
Nos riegas las mejillas, y te burlas  
del llanto que las baña.

Fuiste tú, dulce niña candorosa,  
magnífica esperanza,  
luz y contento de tu hogar bendito,  
perfume de tu casa.

Pues no digamos más, y corra el llanto  
sin que lo pare nada,  
y burlense los hados del sollozo  
y de la queja amarga.

Yo también tengo niños, que traviesos  
me van sacando canas,  
y de sólo pensar que se me mueran  
se me corren las lágrimas.

—Es egoísmo,—gritan los filósofos;  
y yo digo en voz baja:  
es que Dios nos ha dado lagrimales,  
y corazón y alma.

\*  
\*\*

## ECOS DE LA PRENSA.

**U**NO de los hombres más importantes de nuestra sociedad, por sus virtudes cívicas y por los servicios que en elevado puesto público ha prestado al país, acaba de sufrir una desgracia irreparable. El señor don Manuel Aragón ha perdido una de las prendas más amadas de su casa. Su angelical Elena, tal vez su hija predilecta, sucumbió cuando apenas temblaban sobre su frente casta los primeros albores de la juventud.

Si sentimientos de fina amistad no nos vincularan con el señor Aragón para sentir con viveza su infortunio, siempre tendríamos motivo grande para dolernos de la pérdida de su niña. ¿Quién no sabe que Elena era una fúlgida y bellísima esperanza de la sociedad? ¿Quién ignora que con su muerte se ha malogrado un tesoro de gracia y de candor y un dechado de virtud doméstica?

Dios tiene fijada la edad de sus ángeles en quince años, y por eso, avaro de las bellezas de Elena, quiso elevarla á sus alturas cuando apenas los cumplía. Pero, ¿podrá ser esta reflexión motivo de consuelo para los padres que lloran la fuga de su paloma inmaculada? No será más bien sarcasmo odioso enconador de sus heridas?

Tributemos profundo respeto al dolor que no quiere ver ni oír; no profanemos su silencio y soledad; no descorramos el velo enlutado que lo esconde. La palabra consoladora es un dardo envenenado para quien no aspira á tener más luz que el centelleo de sus lágrimas.

Nosotros también lloramos.—Conocimos á Elena, y tenemos corazón.

De "La Gaceta.—Diario Oficial".

..

### Elena Aragón.

**E**STO no es nuevo; es lo de todos los días. Si parece una niñería que nos cause extrañeza.

Ley ineludible de la humanidad, fatal precisión del destino, no me sorprende tu marcha. A la orilla de un río miro las cristalinas linfas rodando inconscientes, ir á perderse en su salobre é inmensa tumba: en medio de un bosque contemplo el tronco desastillado, cubierto de negrusca lana y con su copa besando la húmeda tierra que le negó la savia de vida: al caer la tarde veo el sol traspasando la montaña que cual gigante herido en la mitad del pecho va dejando tras de sí rojas manchas de sangre, convertidas en nubes tembladoras, hundirse en el mar azul del horizonte, porque la sombra, su asesino, va extendiendo ya los impalpables pliegues de su túnica.

¿Por qué me ha de admirar lo que siempre y á cada momento se ve?—  
¿Por qué me asombro si sé que la vida es una sentenciada á muerte? No lleva envuelto en su esencia un principio disolvente desde el átomo imponderable hasta el más complicado organismo?

¡Pobre humanidad! Aurora y sombra, calor y hielo, fugaz florecencia y eterna oscuridad. Nacer entre nubes de rosa, con luces del cielo en la frente, traspirando suave perfume; vivir en medio del engaño, de la duda, de la esperanza, de la ilusión, bien agitada por amarga ola, bien tocada tu sien por la punta del huido ángel de la felicidad; y hundirte después en ese antro, ante cuya densa sombra si la mirada humana quiere penetrar tiembla, vacila, duda y llora.

En la fatal evolución todo debe cumplir la ley. Yo sé que el fruto que

está maduro caé; que la flor cuado arrojó de su cáliz todo su perfume se marchita; que la blanca nieve del anciano marca la hora natural del crepúsculo temido.... pero, destino, sé justo. No te burles de tí mismo; no arrojes con sarcástica carcajada un mentís cruel á todo ese mundo de esperanzas que envuelve lo que aun es una esperanza.

Ella era la primavera, era el botón que recibe el primer beso de la brisa, era el levante de una aurora. Apenas si empezaba á enrarecerse la encantadora niebla de la infancia, apenas si su pupila miraba el sonrosado panorama de la juventud con el lente de la inocencia; no se había evaporado aún el suave perfume con que manos divinas ungen la niñez, y ya vienes, despiadada cegadora, á clavar tu guadaña en el tierno tallo.

Horrible hazaña, por cierto! Tú, muerte, te avergüenzas de ella. Al pie de su lecho has batallado contigo misma. La vida, la esperanza, el amor, tanto perfume celestial ponían miedo en tí: te daba pena deshacerlo todo con tu helado soplo; y de otra parte, tu insaciable avaricia te incitaba á robar ese tesoro. A veces como avergonzada te escondías y al alejarte, la ola de la esperanza inundaba el corazón.—Quemadora lágrima caía sobre la frente de Elena, y esa candente perla anhelaba tibiarse la mortecina faz: y mil suspiros, llevando entre sus pliegues pedazos de alma, volaban á reanimar la ya vacilante respiración del ángel.—Otras, se sobreponía tu maldad, tendías la mano, ya la ibas á tocar..... negra sombra se cuajaba en nuestra frente, silencio sepulcral, el corazón se oprimía, y ante tanto dolor, de nuevo te ocultabas y la lucha principiaba otra vez.—Por eso fué tan larga su agonía; por eso tardó tanto en romperse la frágil envoltura.

Hoy la he visto.—Estaba vestida de blanco; la pálida frente ya helada; de su entreabierto labio no salía el más leve suspiro.—La flor al nacer estaba marchita; la aurora se había convertido en noche; el perfume había volado.

¡ Helada parca, ya es tuya, tu maldad ha triunfado !

LEONIDAS PACHECO.

**Elena Aragón.**—Antenoche dejó de existir la señorita Aragón.

Una enfermedad mortal ha separado del regazo paterno y de nuestra sociedad á la preciosa niña que apenas contaba quince años.

Los restos mortales fueron conducidos ayer al cementerio en medio de una numerosa y consternada concurrencia.

Reciban sus amantísimos padres nuestro más sincero pésame por la muerte de su inolvidable hija.

[De "La República"].

\*\*\*

## Pésame.

DE todas veras nos asociamos al sentimiento general de condolencia que ha producido en la sociedad el temprano fallecimiento de la inolvidable Elena Aragón, hija primogénita del señor don Manuel Aragón. Los méritos y las bellas cualidades de esa preciosa flor arrancada por la muerte á lo más selecto del hermoso jardín costarricense, han hecho mucho más sensible lo irreparable de su pérdida. Uníase á tan delicadas virtudes el reflejo de la justa estimación de que

goza en el país su distinguido padre, el inteligente y patriota ciudadano señor Aragón.

El señor Aragón es una de las personalidades más prestigiosas y estimadas en la República.—Su honradez, su patriotismo y la pureza que ha caracterizado siempre todos los actos de su vida pública, ora como representante del pueblo en los bancos del Congreso nacional, ora como Ministro de Estado, y en todas ocasiones, son motivos suficientes para que la sociedad entera le haya hecho elocuentes manifestaciones de cariño y de pesadumbre, como lenitivo á su justo dolor y á su pena por la pérdida de tan precioso pedazo de su corazón.

La virgen arrebatada á la vida era un dechado de virtudes, una flor purísima cultivada con esmero y nutrida con la savia delicada de la educación y del ejemplo, que embellece el hogar de sus distinguidos padres. Quieran ellos aceptar el profundo sentimiento de nuestro respetuoso pésame.

## Obito.

**E**N la noche del martes un rudo golpe sufrió nuestra sociedad con la desaparición de una de sus más preciadas joyas: la señorita ELENA ARAGÓN.

La muerte ha venido á conmover á todos los corazones y ha dejado un vacío que no es fácil llenar con nada.

Ayer á las once a. m. un respetuoso cortejo fúnebre de lo más selecto de la sociedad acompañó el cadáver desde la casa mortuoria hasta el Cementerio.

Reciba la estimable familia del señor Aragón nuestro más sentido como sincero pésame.

(De "El Comercio").

\*\*\*

**E**N la flor de la edad, cuando apenas contaba quince años, cuando con sus gracias naturales comenzaba á despertar las mayores simpatías, la señorita Elena Aragón, cual blanquísima paloma que hiende los aires en bella mañana de otoño, levanta el vuelo y se despide del mundo por toda una eternidad! ¿Con qué palabras pudiéramos mitigar siquiera el dolor supremo de sus padres? Oh! las lágrimas que produce la despedida para siempre de un ser querido, de un pedazo de nuestra alma, de una hija en fin, como Elena Aragón, son inagotables. Pero recuerde la familia inconsolable de Elena, que ésta ha pasado á mejor vida y que desde el seno del Infinito los bendice cariñosamente.

La Parca, con su guadaña terrible, acaba de cortar la existencia de un precioso ser, que fué adorno de nuestra sociedad y encanto de distinguido hogar.

La señorita Elena Aragón y Ramírez, después de doloroso padecer voló allá, á la mansión de los bienaventurados, aquella morada donde existe la dicha. Desde allí enviará á sus afligidos padres el lenitivo que su acerbo dolor tanto necesita.

¡ Paz á sus restos!

¡ Consuelo á su familia!

[ De "El Tío Simón" ].